

que tenía en el momento de morir, sino que le cubre también la misma vestidura que entonces llevaba. Este es el sentido de las palabras del apesadumbrado Jacob: *En vestidura de luto he descendido a mi hijo en el mundo inferior* (1), y del supuesto consejo que, según el arreglo deuteronomista, en 1. Reyes, 2, 5 y siguientes, recibe Salomón de David, de no dejar descender las canas de Joab en paz a la huesa y de hacer descender las de Simeí con sangre. Se conoce a los que en la tierra han muerto de muerte violenta precisamente por las heridas que continúan llevando, así como a los muertos de pesar y en luto por su mirada y su vestidura; al rey por la diadema, a la novia por sus galas de tal, y a todos en general, hombres y mujeres, adolescentes y doncellas, muchachos y muchachas, por su figura (2). Por eso el hombre se mata o se hace matar, cuando ya no le queda esperanza alguna de salvación, para no perecer de muerte vergonzosa o ser mutilado por el enemigo, como lo hemos visto en Abimelech y en Saul (3).

No son, pues, los espíritus lo que generalmente se entiende por almas; son, para emplear las palabras de Homero, «sombras debilitadas»; existe en ellos, en cierto modo, todo el hombre, privado tan solo de su fuerza vital. Precisamente en esto se demuestra que el antiguo israelita no sabía distinguir marcadamente el alma del cuerpo y formarse idea de aquella sin cierta corporalidad. Son los restos, convertidos por la muerte en sombras (4), de los que en otro tiempo llenos de vida se movían a la luz del sol.

Con la idea de que las almas de los muertos moran en el sepulcro ó junto a él, coinciden la de la impureza de los sepulcros y la de la adoración de los consagrados a la memoria de los héroes de las tribus, puntos de que todavía hemos de tratar. El mismo Jeremías hace oír en Rama la voz de Raquel que se lamenta de la suerte de sus descendientes, esto es, la voz que sale de su sepulcro (Jer., 31, 15).

Mas, por lo general, el antiguo israelita se representa a todos los muertos reunidos en el *scheol*, reino existente debajo de la tierra, el más profundo y oscuro de todos los lugares y directamente opuesto al cielo. Está cerrado con puerta y cerrojo, de modo que ninguno que en él ha penetrado puede volver a la vida; sin embargo, de muchos indicios puede deducirse que es origen de esta idea una agrupación mitológica de todos los sepulcros (5), como se desprende también de la

(1) Gén., 37, 35. Y cuando le exigen que deje ir a Benjamín a Egipto, reconviene a sus hijos diciendo: *Hareis descendere mis canas con dolor al mundo inferior* (Gén., 42, 38), esto es: «Vosotros tendréis la culpa si en toda la eternidad he de dar testimonio de mis vicisitudes, con mi rostro de anciano acongojado, entre las sombras.»

(2) Exactamente las mismas ideas encontramos en Homero, *Od.*, 11, 38-41, 24, 107. En general es una idea muy extendida la de que el alma se presenta con igual aspecto que el cuerpo. Tylor, I, págs. 443 y siguientes.

(3) Lo que confirma la especie de que la mutilación del cuerpo también lo es del alma. Tylor, tomo II, pág. 371. Es posible que aquí influya también el temor de verse tal vez atormentado después de la muerte por la mutilación, pues la creencia de que el cadáver siente todavía ó padece por la pérdida de un miembro está muy extendida, así como la de que el hombre queda totalmente aniquilado cuando su cuerpo es comido. Podría asimismo temerse que tal vez el mutilado, por ejemplo el decapitado, no fuera admitido en la mansión de los muertos y se viera obligado a llevar vida errante; véase además Waitz, tomo II, pág. 165; Tylor, tomo II, págs. 87 y siguientes; Spencer, tomo I, págs. 196 y siguientes, 202 y siguientes.

(4) En hebreo se designan con la palabra *rephá'im*, esto es, los débiles, los relajados. Es dato importante el que *rephá'im* sea también el nombre de una tribu de gigantes que según la leyenda moró en otro tiempo en la Palestina. Es muy general la idea de representarse los primitivos moradores como gigantes, confundiéndolos después con el mundo de los espíritus. Véase la obra citada ya tantas veces de Tylor, tomo II, página 114.

(5) Es natural que los pueblos que entierran sus muertos, sitúen el

locución empleada para expresar la entrada en este reino: el antiguo israelita va a reunirse con sus padres ó con sus parientes, y aunque la idea de esta expresión es siempre distinta de la del sepelio, solo se comprende como eufémica de ésta, pues que significa la reunión de los muertos con los demás miembros de la familia que yacen en el sepulcro de ésta. Testifica asimismo este aserto, el uso indistinto que hacen poetas muy posteriores de las palabras sepulcro y mundo de los muertos. Mas el testimonio más significativo es el de que, según el concepto dominante, los muertos en su mansión se reunían con sus respectivos linajes, del mismo modo que moraban juntos en la huesa hereditaria, y solo eran admitidos en aquella reunión los que en realidad habían sido sepultados en las tumbas de la familia. Por eso, mientras que no se ha conservado ninguna noticia de los hechos de Jerobbaal después de la batalla con los madianitas y la conquista de Sukkot y Penu'el, no se ha omitido hacernos saber que fué enterrado en Ofra en el sepulcro de sus parientes, y por eso también el tan parco reformador de la historia de los reyes relativa a la época anterior al cautiverio, describe tan minuciosamente cómo y dónde fueron enterrados los diversos monarcas. Era esto precisamente para las ideas piadosas de aquella época un punto de la mayor importancia. Así se explica que Berzellai se excusara de aceptar la atenta invitación de David para que le acompañara a Jerusalén, con estas palabras: *¿Por qué me ha de dar el rey tan grande recompensa? Deja volver a tu siervo, y que muera en mi ciudad y sea sepultado junto al sepulcro de mi padre y de mi madre.* (2. Samuel, 19, 37 y 38.) Así se explican también las fuertes maldiciones de la antigüedad contra los que abrían un sepulcro y sacaban un cadáver de él ó introducían el de un extraño (6), pues de este modo se perturbaba la tranquilidad del alma del muerto y hasta en último caso la de toda la familia. Solo así se comprende también en su verdadero sentido el acto piadoso realizado por David cuando mandó reunir en el sepulcro hereditario de Kis los restos de los siete saulitas sacrificados en Gibeon y los de Saul y su hijo depositados en Jabes.

Miembros de una familia que han hecho algún agravio a ésta no son, por lo mismo, sepultados en su huesa, quedando de este modo excluidos para siempre de la comunidad de la familia; y así lo vemos en Absalón, que es enterrado en el campo de batalla. De esto se ha conservado marcada huella, hasta los tiempos del cautiverio y posteriores, en una locución arcaica. A los profanadores del culto se les conmina con que *sus almas serán raídas del seno de su linaje*, esto es, sufrirán entredicho a *sacris*, serán excomulgadas, no serán admitidas en el sepulcro de la familia y por lo mismo quedarán excluidas para siempre de ésta. Que se dé muerte al culpable ó que éste emigre, es indiferente, el efecto es el mismo; ciertamente que lo probable es que sea apedreado hasta morir y su cuerpo sepultado bajo un montón de piedras, como lo prescribe en términos descarnados el Deut., 17, 2-7, para los que han adorado dioses ajenos (7). Y en la frase

reino de estos debajo de la tierra. Así lo vemos en los griegos, que creen además en la existencia de una isla de los bienaventurados, situada al Poniente; en los cañes zulú, que van a hacer compañía a sus antepasados debajo de la tierra (Tylor, tomo II, pág. 66); en los maories (ibid., 50); en los krus (ibid., 93). Semejante concepto es propio, por lo general, de los pueblos que, como los israelitas, fenicios y babilonios, construían sepulcros en las cavernas. La localización del reino de los muertos en el Occidente, hacia donde se pone diariamente el sol, es indicio de relación con el mito del sol.

(6) Véase, por ejemplo, la inscripción de Eschmunazar, líneas 8 y siguientes.

(7) En esto no cabe duda alguna, pues hasta en nuestros días el judaísmo más severo impone pena de muerte al apóstata; y recientemente, en 1870, se intentó en Rusia ejecutar a un hombre, llamado Eleazar

equivalente, usada todavía en tiempos posteriores: *no tendrá ningún recuerdo*, esto es, ningún descendiente que le recuerde, se echa de ver con toda claridad la relación entre este concepto y el culto de los antepasados.

Por eso lo que más temían los antiguos israelitas, como también los antiguos griegos (1) y romanos, era que les fuera negada la sepultura; y por eso se arrojaba a los perros el cadáver del enemigo más odiado y se dejaban sin sepultura los enemigos muertos en el campo de batalla, para que se pudriesen ó fuesen devorados por las fieras (2).

Con arreglo a una noción muy general entre los antiguos griegos y romanos y muy extendida también entre otros pueblos, deberíamos suponer corriente, asimismo, entre los antiguos israelitas la especie de que el privado de sepultura no iba a parar al reino de los muertos, sino que se veía obligado a errar sin descanso sobre la tierra. Como indicio de este último concepto puede interpretarse el montón de piedras hacinado sobre Absalón, que por analogía con las costumbres africanas (3), podría significar que debía impedirse al alma del rebelde y pecador el convertirse en trago y causar trastorno y daño. Así se hizo igualmente con Antár para tener sujeto al turbulento valentón. Mejor demostrado, sin embargo, está el otro concepto de que si bien a los privados de sepultura les era permitida la entrada en el reino de los muertos, no podían estar en compañía de sus iguales, sino que tenían que reunirse en un sitio apartado con el montón de pobres diablos que habían tenido la misma suerte en la tierra (4).

Sufren, pues, la misma suerte — ser excluidos para siempre de su familia — que aquellos sobre los cuales pesa el entredicho religioso, suerte que alcanza también a los que no llevan la señal de la tribu, esto es, que no son circuncisos, y así se desprende indudablemente de Ezequiel, 28, 10, 31, 18, 39, 18 y siguientes. Los incircuncisos habitan en sitio especial, apartados de su tribu, y son considerados como malaventurados, siendo objeto de un sentimiento parecido al que después, en tiempos del cristianismo, inspiraban los niños que morían sin bautismo.

Es de suma importancia este último dato, pues es el único testimonio del Antiguo Testamento sobre la significación primitiva de la circuncisión. Es ésta, pues, el distintivo de la tribu (5), y no es más que una de tantas mutilaciones corpo-

Bassiu, que se había pasado al cristianismo y a quien se llevó a viva fuerza del extranjero, donde se había efectuado la conversión. Véase G. Gildemeister: «El Schulchan aruch y su significación.» Bonn, 1884, páginas 13 y 14.

(1) Véase lo sucedido después de la batalla naval junto a las islas Arginusas.

(2) Isaías, 14, 18 y siguientes, 66, 24. 1. Reyes, 13, 22, 14, 11. Jeremías, 16, 4. Ezequiel, 20, 18, 29, 5, 31, 13, 39, 4. 1. Reyes, 14, 24 (compárese con 2. Crón., 21, 20, 24, 25). 2. Reyes, 9, 24 y siguientes.

(3) Tylor, tomo II, pág. 29. Spencer, tomo I, págs. 201 y siguientes. Lippert, págs. 12 y 13. Oort, pág. 356. Según Eyub Abela, en la «Revista de la asociación alemana de la Palestina,» 1884, pág. 102, era costumbre en la Palestina, hasta tiempos muy modernos, dejar el cadáver de un salteador en el mismo sitio donde caía y cubrirlo con piedras.

(4) Ezequiel, 28, 10, 31, 17 y 18, 32, 19 y siguientes; compárese asimismo con los pasajes indicados en la nota anterior. Sucédeles, pues, cosa parecida a lo impuesto en nuestros tiempos, en muchas partes, a los suicidas y ajusticiados, los cuales se han de contentar con un rincón del campo santo, y lo mismo ocurre en los países donde el catolicismo impera todavía por completo, con los que tienen la desgracia de ser cristianos evangélicos. Esto pudo servir de base para formar conceptos según los cuales las almas de los muertos habitan diversos y determinados lugares en el otro mundo, según la clase de muerte que tuvieron en éste.

(5) Se encuentra como tal en los pueblos más diversos de la tierra, entre ellos uno cristiano, los abisinios, independientemente de los judíos y mahometanos, entre los cuales ha adquirido esta costumbre otra significación; mas en ninguna parte abunda tanto como en África; véase H. Ploss: «El niño» según los usos y costumbres de los pueblos,» Berlín,

rales como se encuentran en innumerables pueblos salvajes y semibárbaros. El antiguo israelita era circunciso del mismo modo que se hacen al nubio ciertas incisiones en la cara, que a los individuos de varias tribus de negros se les arrancan ó liman en determinada forma algunos dientes, y que a los asiáticos y australianos les son pintorreadas ciertas figuras en su cuerpo. Con esto queda dicho también que la circuncisión, lo mismo que todas las demás desfiguraciones, tiene su especial significación religiosa, como se desprende desde luego de la ley, que prohíbe toda otra deformación corporal (Deut.). Mas debemos buscar su origen en el culto de los antepasados, y no en la religión de Jehová, a la cual solo fué transmitida por haberse constituido la comunidad nacional de Israel bajo el predominio de la religión jehovista. Podemos, pues, suponer que solo el circunciso podía tomar parte en los actos religiosos, lo que si bien no está testificado en parte alguna, se desprende como consecuencia natural de los antecedentes (6). La temprana asimilación de esta práctica a los conceptos del culto de Jehová está consignada en la antigua leyenda, manifestando que Moisés y el hijo de su esposa Sefora fueron los primeros circuncisos.

Ahora bien: semejante existencia en el reino de las sombras es peor y más miserable que la más penosa é ínfima de la tierra, pues carece de los bienes de la vida y de la fuerza para gozarlos. Es tal la debilidad de las almas de los muertos, que ni siquiera poseen la voz humana, y si hablan, lo hacen piando como los pájaros (7); atormentales al propio tiempo el recuerdo de la vida perdida, ó de la injusticia que se les hizo enviándolos a aquel otro mundo (8). Todavía el Predicador (9) dice que vale más perro vivo que león muerto, y seguramente que la época antigua recargaría más aun esta idea, que estaba, asimismo, muy extendida entre otros pueblos (10), siendo propia también de los antiguos griegos. Para la humanidad cuya cultura se encuentra todavía en ese grado de conceptos animistas, no significa la muerte en manera

año 1882, segunda edición, págs. 342 y siguientes. Ya que los antiguos egipcios practicaban esta costumbre, y los semitas del Eufrates no, hemos de suponer que desde Egipto pasó esta barbarie africana a las tribus semitas donde la encontramos, ó sea a los habitantes de la Palestina (los filisteos no la practicaban) y los árabes, pudiendo deducir de la circunstancia de que los egipcios consideraban al incircunciso como impuro, que también tenía entre ellos esta costumbre la significación de un distintivo religioso de la tribu. Es impuro todo lo que se relaciona con un culto ajeno, y esto equivale a distinta nacionalidad. Los conatos racionalistas para explicar esta costumbre bajo el punto de vista de la higiene, solo demuestran la incapacidad de sus autores para representarse las ideas de hombres faltos de civilización. El que quiera convenirse de lo poco que en semejantes costumbres se tenía en cuenta la higiene, lea los datos reunidos por Ploss en la pág. 358 de su obra, sobre la operación australense de la Mika. La opinión de H. Spencer (véase la nota en la pág. 329 del tomo I de su obra, citada ya repetidas veces) de que todas las mutilaciones empezaron por ser trofeos para el vencedor, esto es, que fueron primitivamente infligidas al vencido como señal de su sumisión, parecería justificada ciertamente por lo antes referido.

(6) En el grado de cultura de aquellos tiempos debía de haber tanta inconveniencia en presentarse entre los demás individuos de su tribu el que carecía del expresado distintivo de ésta, como en que un europeo se dejara ver sin vestidos.

(7) Isaías, 8, 19. Igualmente, según el concepto griego, *Ihada*, 23, 101. *Od.*, 24, 59. Encuétrase esta creencia también en muchos otros pueblos. Tylor, tomo I, pág. 446. Según la creencia de los griegos, el espíritu del muerto recobra la voz humana si come de la sangre que le es ofrecida en sacrificios.

(8) Sin duda se consuelan los sometidos por un conquistador cuando aparece éste también en el mundo de los muertos. Ezequiel, 31, 15 y siguientes. Isaías, 14, 10. Aquí tenemos otro punto de vista desde el cual se pueden desarrollar conceptos de una vida malaventurada después de la muerte.

(9) Pred., 9, 4 y siguientes.

(10) Véase en la ya citada obra de Tylor, tomo II, pág. 104, las ideas de los negros sobre este punto.



alguna la redención de este valle terrenal de lágrimas, y menos todavía el tránsito a un estado de gloria ó de condenación, sino más bien la pérdida del bien supremo. Es una triste necesidad, solo soportable por la idea de que ningún hombre se puede librar de ella, y de que éste, si la suerte lo quiere, puede llegar a morir de vejez y hartos de la vida. Así se explica que la leyenda atribuya a todos los patriarcas una edad muy avanzada, y no por medio de mágicos efectos de condiciones primitivas que nunca existieron (1). El antiguo Israel, como todos los demás pueblos de ideas análogas sobre el estado después de la muerte, está totalmente circunscrito a la vida terrenal (2). Ciertamente el israelita desea también perpetuarse, mas su idea inmediata en esta parte es la perpetuidad en sus hijos y nietos. No siente, tampoco, por completo la necesidad de una equiparación de la vida que ha hecho el hombre con su felicidad después de la muerte. Dios concede a sus adoradores los tesoros de su tierra, mieses y mosto, y les permite prosperar alegremente, fuertes y sanos; otorga a sus mujeres y a sus rebaños la bendición de la fecundidad, y solo les envía al reino de los muertos después de una larga vida, cuando ya están hartos de ella: ¿qué más pueden desear? Y de su temor de Dios, ¿no es prueba evidente que El no les haga sentir su cólera? Mas a los impíos no deja prosperar Jehova en su tierra. La esterilidad azota sus campos y la peste aniquila sus rebaños; si llegan a mirarse en los ojos de sus hijos, la muerte los cierra antes que ellos mismos mueran; las enfermedades y las persecuciones de sus enemigos les acosan; una muerte repentina y temprana los arrebató de la presencia de Dios; se extingue su linaje, y no queda memoria de su nombre. Por lo demás, pobres y ricos, justos y pecadores, jóvenes y viejos, tienen igual lote; a todos se traga el *scheol* con sus voraces fauces, y ninguno vuelve a pasar sus féreas puertas, para bañarse en la luz del sol.

Como se ve, los conceptos del antiguo Israel sobre el estado después de la muerte no tienen punto de contacto alguno con la religión de Jehova, ni con las ideas morales hijas de ésta; mas tampoco se echa de ver la mas leve huella de ideas politeístas, y tiene su importancia el que los encontremos en esa forma primitiva de mera teoría de continuación (3). De esto podemos deducir otra vez la consecuencia de que las tribus semíticas que formaron el pueblo de Israel teniendo por base la religión de Jehova, no habían llegado aun al politeísmo en el momento de aceptar esta religión y profesaban todavía en cierto grado las creencias en los espíritus. Y que la religión de Jehova era algo esencialmente distinto de esas últimas creencias, lo demuestra el que se mantenga indiferente respecto del punto de partida de las teorías animistas, ó sea de las ideas sobre los espíritus de los antepasados, en todo lo que hace referencia solamente a los muertos, pero decididamente contraria a cuanto tiende a relaciones entre los vivos y los difuntos. El que se pone en contacto con estos se hace impuro, esto es, se incapacita para practicar el culto de Jehova; y, como ya sabemos, está prohibido todo conato de comunicación con los espíritus de los muertos.

De este modo se explica que los antiguos conceptos, por demás oscuros y fantásticos, sobre el estado después de la muerte se conservaran al principio al lado de la religión de

(1) Como mantiene aun en los tiempos más modernos el dementado *dilettantismo* teológico.

(2) Verdadera antítesis de los conceptos de la Edad media católica, que llegaron hasta producir cierto carácter enfermizo. Precisamente en este punto es de marcada evidencia el bien que la Reforma, no el Renacimiento, proporcionó a la humanidad.

(3) Véase la obra de Tylor, tomo II, págs. 75 y siguientes.

Jehova, como destituidos de toda significación para las ideas religiosas, mientras que desaparece gradualmente el conjunto de aquellos según los cuales los espíritus de los muertos son seres con facultad para mirar por la prosperidad de sus descendientes, y a los cuales se debe atender por medio de sacrificios. Sin embargo, solo paulatinamente pudo conseguirse este progreso; y aquellas creencias, aunque condenadas, sobrevivieron a la disolución de la nacionalidad. Como el ritual (Deut., 26, 14) nos lo indica y como lo hemos visto en las costumbres del duelo, también existió entre los israelitas el sacrificio a los muertos, que se ha conservado hasta nuestros días en forma rudimentaria entre muchos pueblos cristianos (4). Hemos visto, asimismo, que en los sepelios de los reyes israelitas se hacían, según Jer., 34, 5, tales sacrificios en una forma muy general en toda la tierra, esto es, quemando los objetos dedicados al difunto, y ya hablaremos luego del oráculo de los muertos, que existió hasta los últimos tiempos. De la significación primitiva de estas ideas es testimonio elocuente, por otra parte, el hecho de que la lengua hebrea se sirva para designar el espíritu del muerto y a Dios de una misma palabra: *'elohim* ó sea «gran poder» (5). Ante el espíritu del muerto que se le aparece, se arroja Saul (1. Sam., 28, 14) al suelo en actitud de adoración, como el hombre que está delante de Dios (Núms., 22, 31).

Si bien la religión de Jehova impidió que se formaran interpretaciones mitológicas (6) y asimilaciones de moral politeísta, poniendo término, al propio tiempo, al culto de los espíritus, fué obstáculo, por lo mismo, para que a estos conceptos fantásticos sustituyeran otros más diáfanos y apacibles.

Por eso, en nuestro modo de sentir, la religión de Jehova produjo en este punto un vacío religioso. No llega a formarse al principio una esperanza de inmortalidad, fundada en ideas morales y religiosas. Sin embargo, no se echa de menos entonces este sentimiento; no es solo que al antiguo israelita le basten sus ideas de compensación terrenal, mayormente cuando, según veremos más adelante, su imagen de Dios carece todavía de rasgos morales, sino que en la religión de Jehova se trata ante todo de la relación entre Dios é Israel, y no entre Dios y el israelita. Así como toda religión encierra al propio tiempo que la creencia en la divinidad, la de que por medio de ésta se consigue auxilio contra el predominio de la naturaleza, la de Jehova contiene además cierta esperanza de inmortalidad: la de la indefinida perpetuidad del pueblo, idea de la que todo el antiguo Israel se muestra poseído.

Ahora bien, siendo Jehova el Dios nacional, y desterrado el culto de los antepasados de las familias, quedan desde luego desatendidas las aspiraciones de una adoración individual (7), que en las religiones politeístas tienen su satisfacción en aquel antiguo culto, que continúa al lado del tributado al dios ó a los dioses nacionales, constituyendo, en mayor ó menor grado, el verdadero culto de las masas. Ciertamente que todo israelita podía dirigirse por sí a Jehova; pero éste se hallaba

(4) En la exposición de manjares en la casa del muerto ó sobre su tumba, y también en las misas de difuntos de la iglesia católica. Véase Tylor, tomo II, págs. 29 y siguientes.

(5) Sam., 28, 13. Isaías, 8, 19.

(6) No encontrará reparo alguno en lo arriba expresado el que haya podido cerciorarse de los muchos restos del culto de los antepasados que se han conservado hasta nuestros días, siendo de ello un ejemplo todas las costumbres católicas relacionadas con los sepulcros. En la oración *kaddisch* de los judíos se ha conservado asimismo un resto del culto israelita de los muertos.

(7) Estas aspiraciones suelen ser tanto más vehementes cuanto más abstracta es la concepción de la idea de Dios, como sucedió en la iglesia primitiva y de la Edad media, así como también en el Islam, siendo su consecuencia necesaria el culto de los santos.

representado á menudo en tal forma, que se evitaba mucho acercarse á él sin motivo muy especial y sin mediador. Tan pronto, sin embargo, como hubo cesado este temor, con harta facilidad se atribuyeron á Jehova los conceptos de los espíritus adorados en otro tiempo, y en su consecuencia el antiguo culto de estos y de los antepasados volvió á dominar en Israel á pesar de su condenación, y por otra parte se facilitó la intrusión de dioses ajenos, como culto particular de cada uno al lado del culto del Dios nacional. Esto arroja mucha claridad sobre una buena parte de la historia de la antigua religión israelita; solo cuando se transformó la religión de Jehova en el judaísmo posterior al cautiverio, quedaron desviados estos peligros.

## CAPITULO II

### CREENCIAS RELIGIOSAS Y CULTO DIVINO DE ISRAEL EN LA ÉPOCA ANTERIOR Á LOS PROFETAS

#### I. El Dios nacional Jehova.

El antiguo Israel no tuvo la conciencia de que existiera un supremo ser espiritual, único en su clase, creador y conservador de todas las cosas (1). La época cuya mirada intelectual apenas abarcaba los países inmediatos á la tierra de Canaan, no podía formarse idea del mundo como un universo. Ciertamente que Israel atribuye al Dios que adora la creación de algunos objetos, como el sol (1. Reyes, 8, 12), mas esto es simplemente una derivación aislada del concepto del poder de Dios, con el cual, dados los escasos conocimientos cosmográficos de aquellos tiempos, no hay necesidad de hacer comparaciones. No hay duda que es espíritu el Dios de Israel, mas solo en el sentido de pertenecer á la categoría de los espíritus superiores al hombre, los *'elim* ó *'elohim* (2); en lo demás el israelita no se representa á su Dios como muy apartado de la naturaleza y superior á ésta, sino más bien morando y moviéndose en ella.

El Dios de Israel (3) es ciertamente uno, pero uno al lado de otros, como ya se deduce de que tenga un nombre propio, Jehova (4), por medio del cual se distingue de los otros dios-

(1) Respecto al Gén., 2, ya hemos hablado. Gén., 1, es de la época del cautiverio y en él se echa de ver á todas luces la influencia de la cosmología y de la teosofía babilónicas.

(2) La mas antigua palabra semítica para designar un dios, esto es, un espíritu superior al hombre, es *'el*, palabra antiquísima, pues que no se conforma con el sistema trifónico, véase la gramática hebrea del autor, págs. 138 y siguientes. Es errónea la opinión de que esta palabra es el nombre del dios más antiguo y principal de los semitas, pues que todo *genius loci* es *'el* (véanse las apariciones en Bet-el y Be'erlahayroi) y todos los seres divinos pertenecen á la categoría de los *'elim* ó *bené'el*, ó sea *bené'elim*, esto es, el linaje de los *'elim* (como *bené hassórephí*, el gremio de los orificios)—no expresa concepto de subordinación, mas lo adquiere tan pronto como se relaciona esta categoría de seres con Jehova—así como, finalmente, sirve *'el* para designar la divinidad como especie. Ilu, como dios principal de los babilonios, es una abstracción teológica. De *'el* se ha formado *'elohim*, «grande ó poderosa divinidad,» ó «divinidades» en plural.

(3) No estará demás que observemos que aquí solo podemos exponer el concepto de Dios existente en la época anteprofética y también el mas generalizado entre las masas en la profética, y que este concepto era muy distinto en algunos individuos, en parte adelantándose al profesado por la mayoría y en parte muy rezagado respecto de éste. Así ha sucedido en todas partes y en todos tiempos, pues no solo la fuerza del raciocinio ha sido siempre distinta en los varios individuos, sino que estos están también sujetos en diverso modo á la influencia de conceptos heredados, los cuales naturalmente habían de ofrecer gran diversidad en las distintas familias y comarcas de un pueblo constituido como el israelita. Mas en todas partes se encuentran determinados tipos fundamentales, y estos son los que hemos de reproducir aquí.

(4) Sobre la significación de este nombre se ha discutido mucho hasta en los tiempos más modernos, y hoy día son muy corrientes dos

ses. Dios es uno, como Israel es uno también, en tanto que en la tierra de Israel no hay más señor que El, solo se adora á El, y en tanto que la situación especial en que están Jehova é Israel uno para con el otro, excluye el culto de toda otra divinidad (5). En el antiguo Israel existe la monolatría, mas no el monoteísmo; Jehova no es en su concepto sino un dios al lado de otros, uno de los muchos seres de la categoría de los espíritus poderosos que gozan de adoración entre los hombres. Que al lado de Jehova hay otros dioses, es para el antiguo israelita una consecuencia lógica y natural de la existencia de otros pueblos que adoran á otras divinidades. Jehova es el Dios de Israel como Kemosch el de Moab, Melkom el de Amón y Baalzebub de los ecronitas. No se trata, pues, en el antiguo Israel de Dios é ídolos, ó Dios y no dioses, sino de Jehova y los dioses ajenos (6), ó del Dios de Israel y de los dioses de otros pueblos. Por eso Jehova, en boca de extraños, es el Dios de los hebreos, así como Kemosch en boca de estos es el de Moab, Baal el de los sidonios y Baalzebub el de Ecron. Estos dioses han dado á sus pueblos las tierras que poseen (7) y los protegen, como Jehova ha dado á Israel la tierra de Canaan y lo protege allí.

Tanto es así, que no solo el antiguo israelita es politeísta teórico y monoteísta práctico, sino que no duda tampoco que en tierra extraña está bajo la influencia de los dioses de esta tierra, que tienen allí más poder que Jehova, y que por lo mismo pueden exigirle su adoración. Así se desprende con marcada evidencia de 2. Reyes, 3, 27, en cuyo pasaje, al referir el antiguo narrador la derrota que los israelitas y judaitas sufrieron delante de Kir-Hareschet, después de una serie de victorias, en la guerra contra el rey moabita Mesa, la explica por haberse desatado contra ellos la cólera del dios de aquella tierra, Kemosch (8). La reconvencción que hace David á Saul de que arrojándole de Israel le obliga á servir otros dioses, y su ruego de que *su sangre no caiga en tierra lejos de la faz de Dios* (9), son testimonios de que el antiguo

distintas versiones; teniendo, según la una, el sentido de «el que es,» y según la otra el de «el que llama á ser;» ambas son poco probables, porque son demasiado contradictorias del concepto de Dios que existía en los tiempos más antiguos, según lo que hemos expuesto. La raíz de que procede Jehova, parece haber significado en otro tiempo caer, tumbar. ¿Significará quizá «el tumbador,» esto es, el que con sus rayos derriba ó destruye á los enemigos y pecadores? No ponemos, sin embargo, gran empeño en que sea esta hipótesis la mas exacta (\*).

(5) El mandamiento de no adorar mas que á Jehova es por lo mismo ciertamente el fundamental de la religión de Moisés; queda, sin embargo, en duda si la fórmula en que ha llegado hasta nosotros—la mas antigua en J. Exodo, 34, 14, y la mas moderna en E. Exodo, 20, 3—es antigua ó tal vez debida á los movimientos religiosos bajo la dinastía de Omri.

(6) Así lo expresa muy particularmente E. Dios de los hebreos, Exodo, 5, 18; 5, 3; 7, 16; 10, 3. De Israel ó en Israel, Jueces, 11, 21 y siguientes; 1. Reyes, 1, 30; 17, 14. Igual significación tiene el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de Sem.

(7) Jueces, 11, 24: *¿No heredas tú lo que Kemosch, tu dios, te deja heredar? Así queremos nosotros heredar á todos los que Jehova, nuestro Dios, ha arrojado de delante de nosotros.* No hay que oponernos á Amós, 9, 7, según cuyo pasaje Jehova había llevado también á Canaan á los arameos y á los filisteos, porque Amós tiene un concepto mas desarrollado de Dios; también podría decirse esto desde el punto de vista de la antigua religión, pues que se trata precisamente de Canaan.

(8) El pasaje dice en estilo eufémico: *Y vino grande cólera sobre Israel.* En general se dificulta la interpretación de este pasaje atribuyendo la cólera á Jehova; mas ésta fué concitada por el holocausto hecho por Mesa de su primogénito sobre el muro de la ciudad, siendo este el recurso extremo que emplea el rey moabita, en tan grave trance, para disponer favorablemente á su dios ofendido, cuya cólera se vuelve entonces contra Israel, causante de la situación apurada en que se encuentra el pueblo de Kemosch.

(9) 1. Sam., 26, 19 y siguientes.

(\*) Nosotros encontramos cierta analogía entre la palabra *Jehova* y la voz sanscrita *deva*, divinidad, y la latina *Jove*, ablativo de *Jú-piter*, dios padre.

(N. del T.)